

Tósigo ardento*

Exim Annaei Lucani caedem imperat. is profluente sanguine ubi frigescere pedes manusque et paulatim ab extremis cedere spiritum fervido adhuc et compote mentis pectore intellegit, recordatus carmen a se compositum quo vulneratum militem per eius modi mortis imaginem obisse tradiderat, versus ipsos rettulit eaque illi suprema vox fuitere.

TÁCITO

Para
María del Carmen Marí:

*The nobleness of life
Is to do thus Embracing: when such a mutual pair
And such a twain can do't, in which I bind,
On pain of punishment, the world to weet
We stand up peerless.*

I

SALIENDO de la niebla en el frío

de una mar triste
flotan los grandes balnearios.
Las largas pasarelas de madera
se pierden como en un espejo
empañado

Sillones solitarios toldos a la deriva. Y

escuchas
el romper de un oleaje
antiguo.

La proa de una barca
se balancea solemne en la blancura. Recuerda el viejo
automóvil de mi abuela —Finales de un Verano, los
primeros
fríos, al atardecer; unos hombres
ciegan con tablachos puertas y ventanas

* Tósigo ardento fue publicado en 1985 en una edición malagueña puramente artesanal —y bellísima— de pocos ejemplares que no alcanzaron la distribución. Es, por lo tanto, un texto prácticamente inédito, o al menos al que jamás ha tenido el público posibilidad de incorporar a sus lecturas. (R)

en el caserón de la playa. Y el coche, negro, inmenso,
magnífico, como una embarcación
fúnebre — silencio de fotografía: Todos
subimos. Veo alejarse la playa por la ventanilla el viento mueve las palmeras.

Mientras

envejezco. Unas

muchachas pasean
con pies desnudos por la arena, abrigan
sus cuellos con sus brazos
en torno del jersey. Las oigo
reír. Sus rostros
se pierden en la niebla. Las olas rompen
lentamente. Como lisos
animales moribundos
crujen los embarcaderos.

llega

con el ruido del mar
la música de unos altavoces
lejanos, una pista
de coches de choque.

Terrazas

de playas solitarias,
con el vaso en la mano

Siempre has sido
nocturno. Por eso amas
Istanbul, suntuosa, y amas Venecia,
y la madrugada de New York, coches
de policía en la lluvia.

Sí,

Recuerda: el Atlántico en la soledad de los muelles,
el chapoteo en los pilares mueve el agua
cadáveres de ratas, las
luces

como un tren fantasma
de un trasatlántico alguien cruza

por el suelo mojado, con
botas de agua, en el silencio
helado, al fondo
de enormes puertas metálicas

Como ahora se pierden

sobre la mar quieta
los grandes balnearios destruidos,
sus largas pasarelas misteriosas.

Damas fosforescentes pasan lentas. Las gaviotas
pasan al otro lado de la
niebla. Las patas de la mesa
se clavan en la arena,
rompen conchas. El

Mundo se derrumba. Ah,

maravilloso. Veremos una caída memorable.
Contemplándola, afirma el gesto da
una
propina.

La hubiera dado aquel
niño que iba en el automóvil de tu abuela,
la playa alejándose
las palmeras brillando con el viento. Deja
pasar la noche, bebe,

escucha

la mar que
rompe
contra los balnearios destruidos.

Al otro lado de estas aguas
Alejandría, Esmirna, el Sueño de Alejandro, callejuelas
sucias
de algún puerto.

Y

oye esa musiquilla que viene
desde los altavoces de una pista
de coches.

Una vieja
y dulzona y
estúpida
canción.

Alguna noche, en Piazza
San Marco, contemplando
su esplendor,
imaginaste
aquel era el lugar
perfecto
para acabar tu vida. Sí, ahí, la última botella,
las orquestinas
tocando, pasan japoneses y adolescentes
bellísimas,
la sombra de Ezra Pound.

Sí, pero
no en Invierno, pensaste,
aunque sería más honorable, sino
una de esas
noches asombrosas de final de Verano
entre cientos de turistas, un vals ramplón,
tu memoria es como la cama de una puta. Y, tú,

uno ya con la grandeza
de la Piazza,
van haciendo su efecto los somníferos,
irías viendo desdibujarse las columnas, las cúpulas
de la Basílica, apagándose en tu cabeza

la música, las voces. Pensarías
 quizá, Las
 Meninas, The Winter's Tale, María Callas, tratando
 de mantener un gesto
 orgulloso.

Mientras

los palacios se borran, el agua
 pudre los cimientos, las piedras cubiertas
 de verdín.

Por

Dios, déjalo! Todos se han ido!

Y levantas
 ante el esplendor de la Luna
 esa otra Luna de tu desasimiento

Hay luces en la niebla.
 Lejos. Como perlas.
 Pasa la mar su lengua. Pasan
 mujeres de oro y automóviles
 fascinantes. Oyes
 una canción de las que llaman
 españolas. Las luces de una noria. Apuras
 tu copa.

Besarías
 a la Muerte en la Boca.

Algunas parejas
 se
 abrazan, como fantasmas
 en la niebla de las pasarelas.

Nada
tienes.

Esa arena
que tomas en tu mano.

Existió una mañana

—los palacios se reflejaban en el Gran Canal
como joyas tiradas en una sábana de seda—

yo recorría los salones
de uno de esos palacios.

Estaba lleno de turistas,
asombrados del lujo;

una —supongo— profesora
monologaba ante unos chicos
sobre cierta tela.

Miraban

no ya como si aquello
fuera el pasado (incluso
yo, a quien tanto consuela esa belleza), sino
como signos
indescifrables de otro mundo.

Pensé que aquellos techos y pinturas, aquellos
muebles y objetos
preciosos, aquellas ropas, todo, alguna vez
fue elegido por alguien (alguien cuya vida
casi ni imaginar podemos)
porque era el decorado natural
de su vivir.

Nosotros deambulábamos por un acuario muerto,
pedazos de un sueño abandonado
ya sin ninguna relación
con nuestra vida.

Y pensé en las Stanze
del Vaticano,
creadas para gozo de un gran Papa
Él hubiera
estrellado su copa contra un fresco
en una noche deliciosa

Y Rafael hubiese decorado de nuevo esa pared,
y quizá aún mejor.

Ahora esa belleza
era algo que debía
ser vigilado, protegido, gloria
irrepetible, extraña,
que moría
en los ojos
de quienes ya no pueden concebirla.

Pero quizá esa fuera
mi suerte. Ver el final.
Y como esa belleza
la soledad de mi memoria.

Y es por eso
que no debes temer
la muerte. Ni siquiera
la imágenes honorable,
orgullosa, engastada
en esa joya espléndida
de la Piazza.

Puede llevarte un día
entre los hierros quemados
de un coche. O mueras solo en un hotel. Toma un puñado

de
arena. Está húmeda. Es como tomar
una huella en la mano. Escucha
el chapoteo del agua
contra los pilares.

Solemnes, abandonados, en la
niebla,
flotan los grandes balnearios.
El rumor de esa mar
que rompe, oscura; casi

comprendes todo. Estás bebiendo
 contra un fondo de luces nimbadas por la niebla
 de una pista de coches
 de choque. La Muerte baila para excitarte
 en una pista de cemento una canción
 estúpida. Pasan
 niñas que son abismos.

Ah, escucha. Son los remos
 de las naves griegas. Oye
 el zzzzzzzzzzz de las gaviotas
 al atravesar
 la niebla.

Cielo de carne
 húmeda.
 El mundo se detiene.
 Dioses
 del suicidio.
 Luna violenta de Vivaldi.

II

Si esto solo
 hubiera permanecido Si no leyésemos a
 Homero,
 Virgilio, Tácito. Si ninguna
 ruina
 hubiese llegado a nuestros ojos

bastaría

esta columna,
solitaria en el borde del promontorio,
con la altura justa para que un hombre
la use como descanso, y al frescor de los pinos
contemplando el paisaje
deje volar sus pensamientos.

Columna en el sol de la tarde
inmensa de Sicilia. El paseante
se detiene asombrado.

Todo es locura fuera de este ámbito.

Y apilamos unos leños
junto a ella, e hicimos una hoguera,
y mirando el fuego bebimos vino
y el poniente como un pavo real
fue cerrándose solitario y lejano
al fondo de las aguas. Alguien entonó
versos de la Iliada, exaltando
un desafío y el valor de unos hombres
ante sagradas puertas.

Cómo

calentaban
el corazón cómo
revivían
la emoción más antigua,
la de la fama, la sangre y la victoria.

Un perro
que bajaba del monte
se acercó. Le tiramos
un pedazo
de pan.

La columna
se recortó en la luz
de una grandiosa noche que ascendía.

Sí. Esa claridad.

Decidida por alguien
contra el mismo Destino.

Nos tumbaremos junto a ella,
a mirarla
y a lamernos las heridas.

y III

Shakespeare salvó por poco
la
cabeza. Es algo
en lo que debemos
reflexionar medirnos
cuidadosamente
el
cuello.

Después

viaja. Conviene
(sin embargo) —mientras discurre
como un ciclorama
el paisaje— conviene
meditar mucho aquello
que Montaigne escribió: La necesidad es amo

tan implacable
 que no sólo corrompe mi
 juicio, sino
 también
 mi conciencia. Y
 Oh, sí Mundo, pasa!

Stendhal se sentó en este
 café.

(acaso
 aún no se ha sentado
 Stendhal
 en
 este
 café) Recuerdo una noche era Invierno la
 luna era una diosa solemne.

Brillaban
 las puertas del Florian
 como mariposas de oro en la niebla.
 Estaba yo bebiendo lentamente
 cuando entró una pareja y tras de ellos
 un perro.

Se sentaron
 bajo una de esas pinturas agradables
 de Casa y Carlini. Un camarero
 vino y sirvió café, unas pastas.
 Se retiró. Y al poco rato
 apareció llevando una escudilla
 de plata, llena de agua,
 y la dispuso junto al perro.

Ese esplendor no se improvisa.
 Como los ojos de los niños limpiabotas
 de Istanbul, como la lepra en El Cairo.
 Saber que un fin de mundo
 no es más que la vana repetición
 de ciertas desventuras ya sabidas,
 y jamás con interés superior al de un servicio
 crepuscular y perfecto.

Bien.
 Shakespeare salvó por poco la
 cabeza. No lo olvides. Es algo que debemos
 tener siempre
 presente. Aprende
 a sobrevivir. Siempre
 ha valido
 poco
 nuestra cabeza.

Recuérdalo.

Recuérdalo

mientras pasan las góndolas
 como labios de la Muerte mientras pasa tu vida
 y la reconoces en algún
 fragmento

pasan

aves la niebla. La mar rompe
 contra los muelles. Y

nada significa
 nada, la historia
 carne podrida,

ah, y tú,
 bebedor solitario

que lo ves todo

ah, tú
 que sabes el final

Contemplas

en la luz del crepúsculo
 fachadas serenísimas, ves sobre la Dogana
 apagarse el oro
 del mundo, la Fortuna de pronto quieta
 en el silencio de los vientos, notas

cómo se hunde la ciudad

has visto el tiempo en las aguas.
 Y lo que amabas, lo que respetabas, flota
 como desperdicios en el oleaje.

Piensa en Shakespeare.

Recuerda qué hermosa es esta Piazza
para morir.
Sin conocer a nadie. Una de esas magníficas
noches de Verano, las orquestinas tocan todo
está lleno de gente
desconocida. Unos somníferos.
Y alcohol.

Mientras la luna pasa
y ves desvanecerse la belleza.

Dirían, luego: un
extranjero, sí, quizá el corazón. Antes de hacerte la
autopsia.

Qué encontrarán.

Calles que ciegan al viajero rostros
de mujeres

La
noche es una locura. Tiene
brillo de espejos. Sientes

cómo el alcohol es uno
con tu cuerpo,
te hace perfecto como un verso de Virgilio.

Todos
los que fui han ido
muriendo en noches
así. Apuras

el último
 trago, sales, notas el frío en la
 cara, pasa un taxi

Después está el desierto. Rimbaud lo atravesó.
 Sí, Rimbaud, aquel enfermo atroz.
 Defendiendo
 su cinto con monedas.
 Yo lo recuerdo, entrando al Jeu
 de Pomme, en la salita
 de la izquierda, en la tela
 de Fantin-Latour. Ah, una
 de esas noches orgullosas,
 juntos los amigos, bebiendo, soñando
 con la gloria, al lado de Verlaine,
 luna de aquellos cielos.
 Ah el verso que no moriría.

Tiene los ojos idos. Quizás es la noche
 del célebre Merde
 pour la Poésie.

Posa —creo—. Sabe
 que otros como él visitarán ese retrato
 con los años.

Verlaine brilla.

Èse merde
 aún le parece
 fe en la Poesía. Él la ha visto
 perderse, mientras acaricia una copa verdosa la ha visto
 borrarse en la
 niebla de un sucio callejón, como
 una
 puta que
 se retira
 cansada.

En
la noche vidriosa
beben.

Pienso
en
dos acontecimientos
posteriores:

Ernst Jünger
contempla
desde una ventana del Majestic
París apagado. Sea cual sea el vencedor
en esa guerra que
tras los cristales empañados

Se acabó.

Una cabeza
que había ensanchado los límites
de la inteligencia, el valor, la tolerancia,
muere. En un espejo
lleno de sangre
se contempla
satisfecho
un indeseable. Tiempo

de asesinos, había soñado
el joven de la tela que comento.

Y años

después, en un pueblo pequeño
de EE.UU. un ex-soldado
entra
en un snack, lleva dos rifles, una
pistola, empieza
a disparar contra la gente, no
selecciona, mata
a veinte. Deja de disparar
cuando ya no le distrae.

Bien. No hay que
llevarse
las
manos
a la cabeza.

Es
normal sucede.

Y quizá de todos
los que allí comían, puede que solamente el asesino
guardara en su corazón algo de vida, quizá era el único
con quien podrías sentarte
a beber

La televisión informó de ello
inmediatamente. Pudimos ver los cuerpos.

Tiempo

de asesinos.

Cuando las luces de las avenidas
brillan como un chasquido en las aceras mojadas.
Y pasan automóviles
bellísimos damas
de poderosas
miradas.

El viento viene lleno de cristales,
arrastra miembros,
fetos atrancan los desagües,
y en New York asoman con la madrugada
sacan su cabeza por
agüeros en las avenidas
seres de ojos blancos y sin pelo.

Los que han de sobrevivir.

No
Rimbaud, que posó esperándolos.
Ni Verlaine, sombra inaudita
de la luna.

Ved los seres albinos,
habituados a los desperdicios,
sus animales fríos como jabón.

Eso es cuanto quedará.

Eso.
Y la Esfinge.

Muchas veces he leído
en la admirable VIDA DE POMPEYO,
su muerte. Y a esas páginas
insuperables me remito.
Pero insistiré sobre una imagen:
cortaron su cabeza, conservándola
para comprar favores
de César, quien
despreciaría la ofrenda (y apartando
su
rostro, lloró,
dice Plutarco).
Quedó tirado el cuerpo en una ciénaga;
su liberto, Filipo, lavó los restos en el mar
y con unos maderos de una barca
erigió la pira funeraria.

Entonces alguien se acercó,
alguien que en su juventud había sido
soldado en las Legiones de Pompeyo,
y en nombre de esa gloria veló el fuego
hasta que el más grande de los capitanes
fue ceniza.

